

Octubre canto España

A Félix Grande

Niños del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestras;
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,
vértigo y división y suma, niños...

César Vallejo (*España, aparta de mí este cáliz*)

1.

*«El abuelo español de barba blanca
me señala una serie de retratos ilustres:»*

Este es don Gil —el extremeño— hijo de Gil
pastor de cabras. Cruzó la mar
cuando Cipango, Catay y la legendaria Antilia
disipaban su mito y daban paso
entre burlas y maldiciones de marinos,
a la inmensa tierra ignota
donde todo era distinto
y todo era posible.

—Hi de puta aquel que llamó Castilla del Oro
a esta tierra de pantanos / y loco
el Genovés, borracho de estrellas,
que pintó pajaritos
y aires sabrosos donde yo cogí lepra de montaña.

Creyó encontrar en Indias como feudo un reino.
Murió en un catre de varas en Tustega
rodeado por sus diez indios encomendados
y por Josefa Potoy su india,
soñando en su retorno a España
con oro y perlas, pregonado por la fama
en una corte que sólo conoció en versos de troveros.

Tú llorabas, silente, barro amante,
apenas dueña de palabras de alcoba
—las necesarias—
para un amor que discierne:

«Ñugo»: mi hombre. «Ñojí»: tu mujer.

«Naneya»: los niños. Y el Regidor anotando:

«Sancho, su hijo; Santiago, su hijo;
Josefa, su hija. Y don Gil su primogénito
que ahora ciñe espada.»

Abrieron luego el viejo baúl de cedro
mientras la pluma escribe:

«Una toca de camino, casera, con cabos de grana

«Una capa negra, vieja (la que él pensaba
llevar, con su jubón de raso, para entrar a palacio)

«Una escuba limonada guarnecida de pardillo

«Unas calzas negras viejas

«Dos sayos de damasco rotos

«Una rodela

«Una espada mellada (la que él pensaba
mostrar en testimonio de sus hazañas)

y «el viexo sombrero de pluma» que ahora

sonriendo entre lágrimas se cala

don Gil, su primogénito.

2.

Este don Gil segundo no amó el mar de ruidos numerosos
ni fundó solar sobre nostalgias

sino que plantó sus pies como raíces en tierra de pan llevar

e dexía que un pie suyo era extremeño zapaterrones

e el otro indio, sembrador de milpas.

Y fue territorial como un árbol

y fundó civilización con bueyes

—los primeros bueyes: el Bermejo y el Moro

que abrieron los primeros surcos en un Mayo virgen y moreno

(«Y los más solemnes triunfos de la grandeza de Roma

no fueron tan aclamados que los bueyes ese día»)

Y no amó la espada, origen de gemidos

sino que reposó su corazón en las inmensas

noches nicaragüenses, cuyas estrellas

imaginan otras fábulas

y danzan otras músicas.

Y sus oídos no escucharon pájaros provenzales

—que don Gil, su padre, burlaba en los cronistas—

sino chorotegas de nombre y canto:

lindos ñuris

tucanes

piticocos

pijules

y paujiles
 y aquella trémoloparda paloma de pluma de barro
 y el güís de estridente canto amarillomañanero
 y la caída del limón en su patio
 como si el sol le arrojara su autógrafo.

Casó con viuda castellana, doña Ubalda, y decíale:

—Reclama, Gil, al Rey lo que tu padre
 ganó con sus batallas;

pero él, miraba sus ganados y decía:

—Del Rey y del fuego, lejos.

Y así, su Castilla fue su lecho

y sus bueyes de Castilla

y sus puercos y gallinas de Castilla

y sus rosas de Castilla

y su vino de Castilla

—Que su madre llamaba «Silián Castila»

y sus indios «Silián tipotani»: chicha de dioses—
 cuando lo servía en su mesa sobre manteles de Castilla.

Murió este don Gil de años en el pueblo que fundara

oyendo las campanas de su iglesia doblar en su agonía

y miró desde su cama al pueblo

invadiendo su casa en lágrimas y rezos

y se volvió a doña Ubalda y díjole:

—Oye, mujer, mis campanas me lloran. Muero cumplido.

No fundé señorío sino vecindario.

3

Fue heredero su vástago Don Gil, tercero,
 doncel barbarrubio y espigado.

Mirábalo su madre

doña Ubalda y decíase: «No quiero

que un nieto de Conquistador adormezca su hidalguía entre vacas»

Y escribió al Deán de Santiago de los Caballeros, su pariente:

«Creo que al servicio del Gobernador mi hijo deprenderá hidalguía».

Cata, pues, al doncel con jubón de terciopelo y capa de finísima lana,

cátalo en el Cabildo; no lleva un mes de paje

y ya el Justicia le toma juramento ante un Cristo de peaña sobre paño carmesí

—«*Eran tres embozados —dice el paje— armados iban*

de cotas, espadas y rodelas

y don Alonso gritó: ¡Ah, señor don Luis! ¿no erais por ventura mi amigo?

y lo acuchillaron dejándolo por muerto».

Y llegó a oídos de doña Ubalda el nombre del nuevo sastre

instalado en León con telas de Cataluña

y ordenó a Pedro Campo para el hidalgo paje

un jubón de paño tornasol
 y al Deán otra carta: «Tío muy querido
 espero que a su sombra mi hijo tenga letras
 y maneras y lengua de caballero».
 Pero otra vez bulle el Cabildo, «e hice comparecer al testigo
 —dicta el Juez al escribano—
 y juró y no negó ante el Santo Cristo
 que *«venía a recogerse por la calle de La Merced
 —era el día en que celebraban el regocijo de San Fausto—
 cuando el tal Juan Díaz, hombre acelerado,
 sacó la espada y gritando improperios
 dio de estocadas a doña Ana de la Cueva»*
 mujer de altos vuelos y de alta parentela.
 El caso acabó en la horca. Y escribió a su madre el paje
 con el pecho melancólico y mohino:
 «Entre riñas, armas y caballos
 las letras del Deán se me disipan...»

... Y así partió este Don Gil a España...

Y apenas puso pie en el navío y oyó los vientos navales
 y el crujir de trinquetes y mesanas
 se le abrió el corazón de provincia a universo.

Y bajó en el puerto de Sevilla.

Y enloqueció de España.

Y navegó en Catedrales y Castillos
 —naos son de piedra para trascender el tiempo—.

Pero «miré los muros de la patria mía
 si un tiempo fuertes, hoy desmoronados»
 y golpié la mesa con el puño
 y llamé dejativa a la milicia
 declinante al imperio

y juré por el cántabro Pelayo
 por aquellos de la guerra fieros Martes
 el Cid famoso

Wamba el rey de prócer policía
 y la castellana Ysabel que superó a Semíramis...

—«Mocito —díjome, apenas en Madrid, mi tío don Fadrique
 ¡guarde su espada que aquí héroes nos sobran!!»

... Y fue el indiano.

Le vieron la pluma del indio bajo el sombrero
 y un sospechoso relumbre judío en sus doblones.

Empiné mi admiración por oír a Lope
 y fui al corral y me dio en el rostro
 el desdén de don Bela.

(¡Oh loco imperio! Allá del mar
 tu gloria es el mestizo y el cristiano nuevo,
 aquí la limpieza de sangre y el cristiano viejo!)
 Y conoció la burla de la Corte.
 Y conoció la soledad del Inca.
 Y el silencio de España.

4.

Volvió don Gil tan abatido
 —desespaña llamó a su desengaño—
 que su tío don Fadrique, ya en la nao, le dio un libro
 y le dijo: —Lee a Cervantes. Ninguna desilusión agota a España.

5.

Y llenó Cervantes
 sus «horas de pesadumbre y de tristeza».
 Allí aprendió que la historia
 no es el ayer sino el mañana.
 Y ocupó su corazón otra vez su centro
 que es el centro del mundo.
 Y entre Sancho y Quijote
 dirimió la «larga querella entre la tradición y la invención
 el orden y la aventura».

*«La libertad, Sancho amigo,
 es el más preciado don que a los hombres
 dieron los cielos»*

Y tocó tierra
 —ansioso el pie de abrir camino—. Y cerró el libro
 y dijo: ¡Animo, don Gil!,
 ¡América es la tercera salida del Quijote!

Así fue este don Gil, vecino de León de Nicaragua.
 Su lápida la cubre la ceniza de un volcán.
 Su rostro lo cinceló el idioma.
 Y fue padre de don Gil

—poblador de Piura

Abuelo de don Gil

—poblador de Quito

Bisabuelo de don Gil

—soldado de Bolívar.

Pablo Antonio Cuadra